

¿Hacia dónde va la Iglesia?

Lluis Oviedo Torró

A inicios del pasado mes de diciembre asistí a un congreso internacional sobre sociología de la religión en Asís, Italia. El tema era: «Religión, espiritualidad y práctica cotidiana». Entre otras muchas cosas se revisó el balance entre la dimensión religiosa —más bien institucional— y la espiritual, que se localiza en los márgenes de las iglesias y se vive de forma sobre todo privada. Hubo más cuestiones; entre lo más llamativo cabe señalar la intervención de dos colegas italianos que coincidieron en sus análisis sobre las transformaciones que vive la iglesia de aquel país, y que pueden extenderse con pocas correcciones al caso español.

El punto de partida es la profunda crisis que viven las iglesias en los países occidentales. Con pocas excepciones se registran cifras muy bajas de asistencia a las celebraciones; da la impresión de que la institución más tocada es la parroquia, que pierde muchos miembros y no responde a los profundos cambios sociales y culturales del momento.

Marco Marzano ofreció una presentación con datos bastante inquietantes. Este sociólogo turinés había contado los asistentes a las celebraciones eucarísticas durante un fin de semana en un par de poblaciones medias del noroeste de Italia: el resultado era que apenas un 4,3% del censo de la población asistía a misa. Hay que tener en

cuenta que las estadísticas confeccionadas en base a encuestas de opinión arrojan siempre resultados mucho más elevados: casi el 20% de asistencia a las misas dominicales. Dicho dato hace pensar que asistimos a una fuerte caída de la práctica religiosa, incluso en países tradicionalmente católicos, y que sus efectos se hacen sentir de forma más aguda en las parroquias, sin que se atisbe alguna solución o estrategias para afrontar la crisis.

Isacco Turina se refirió a otro dato. El estudio de las nuevas formas de consagración, tanto vírgenes como eremitas, revela un cierto desinterés por parte de las autoridades eclesiológicas, que más bien toleran sin demasiada preocupación estas iniciativas, que en otro tiempo hubieran inquietado bastante a la jerarquía católica y habrían propiciado medidas de control y de regulación de experiencias «católicas»¹. Algo parecido cabría observar –aparte del análisis citado– en relación con las nuevas formas de vida consagrada, en buena parte de carácter mixto, es decir, en las que conviven hombres y mujeres, y

que ciertamente habrían provocado reacciones de mayor cautela en otro tiempo, mientras ahora la política es más bien la de «observar y esperar a ver qué ocurre».

La situación descrita pone en evidencia –a los ojos de los analistas citados– la perplejidad de las autoridades eclesiológicas ante una crisis que se les va de las manos y revela su incapacidad para gestionarla o buscar soluciones efectivas. No obstante, esto no significa que se sientan desplazados o sin una misión clara. La crisis observada les empuja a jugar un papel alternativo, a señalar su presencia y misión en otros ambientes y actividades. Las preferidas –al menos en Italia– son la participación cada vez más activa en los medios de comunicación social, el juego de las influencias políticas, y la relación con las élites económicas o intelectuales. Por otro lado, se percibe que sólo los nuevos movimientos eclesiales tienen vitalidad y son capaces de convocar masas, por lo que se dirige a ellos la atención a la hora de movilizar a las bases o de recuperar el sentido de comunidad cristiana². Cuando las cosas no funcio-

¹ I. TURINA, «From Institution to Spirituality and Back. Or, Why We Should Be Cautious About the 'Spiritual Turn' in the Sociology of Religion», comunicación presentada en la *International Conference: Religion, Spirituality and Everyday Practice*, Assisi, 11-13 December 2009.

² M. MARZANO, «The 'Sectarian' Church. Catholicism in Italy since John Paul II», comunicación presentada en la *International Conference: Religion, Spirituality and Everyday Practice*, Assisi, 11-13 December 2009.

nan en un sector, hay que focalizar la atención en sectores alternativos que quizás ofrezcan mejores expectativas; en lenguaje de la gestión se habla de «diversificar inversiones y actividades».

Los problemas se acumulan ante el avance que parece imparable de la secularización, y se plantean tanto para la Iglesia jerárquica como para las órdenes religiosas. Trataré en estas páginas de profundizar el análisis con una referencia también al papel de los teólogos, que seguramente podemos hacer más de lo que hemos hecho ante estos retos tan graves.

La Iglesia en la encrucijada: en busca de alternativas

Si los análisis apenas descritos fueran correctos estaríamos ante un claro desplazamiento de la estructura eclesial: de la forma tradicional, basada en la organización territorial de diócesis y parroquias, a otra en vías de definición, donde las autoridades tratan de ocupar el espacio simbólico de los medios de comunicación y la relación con las élites, mientras que las bases se confían a movimientos de mayor intensidad y más determinados al reivindicar la conciencia cristiana.

Me resisto a creer que esta sea toda la historia, y que las cosas no sean

más complejas. Muchos reconocen que, de hecho, la parroquia como institución está en crisis, pero no está nada claro que pueda ser reemplazada por otras instituciones que asuman sus funciones clásicas, y que provean los «servicios religiosos básicos» que suelen facilitar a la mayoría de la gente que los necesita.

Por otro lado, el discurso oficial de la Iglesia parece haberse especializado en los últimos años: se dirige sobre todo a las cuestiones de moral de la vida y de la familia. Seguramente la jerarquía católica ha encontrado una especie de «nicho ecológico» que convoca la sensibilidad de cierta «mayoría moral», más allá de los límites del catolicismo. Es cierto que alguien ha de abanderar esas causas en las sociedades avanzadas, donde da la impresión que dichos temas han sido descuidados por otros sectores o sistemas sociales.

Los obispos y otras autoridades sienten como una de sus misiones centrales alentar una moral de la vida y de la familia más exigente, capaz de superar los graves problemas demográficos y educativos que percibe la mayoría. Esta misión les otorga un fuerte protagonismo mediático y de movilización, tanto a los prelados como a los movimientos eclesiales que abrazan estas causas de forma más

decidida. Algunos análisis buscan la racionalidad que subyace a dicha movilización y apuntan a las estrategias demográficas de la Iglesia. Como demuestran Eric Kaufmann y Turina, entre otros, la principal esperanza de detener la secularización estaría en incentivar la natalidad de los más religiosos³. De hecho se percibe un fuerte contraste en ese campo entre las poblaciones más secularizadas, que exhiben baja natalidad, y las más religiosas, que invariablemente tienen más hijos. Realizando proyecciones cabe suponer que en un futuro, a medio plazo, los religiosos llegarán incluso a prevale-

³ E. KAUFMANN, «The End of Secularisation in Europe?: A Demographic Perspective», Working Paper, 2007; en: <http://www.sneps.net/RD/religdem.html>, abierto 26.09.09; «Human Development and the Demography of Secularization in Global Perspective», *Interdisciplinary Journal of Research on Religion*, 2008, 4, <http://www.religjournal.com/pdf/ijrr04001.pdf>, abierto 26.09.09. Isacco Turina de nuevo ha analizado esta tendencia para evidenciar la fuerte apuesta de la Iglesia católica desde mediados del siglo XX por la moral de la vida, y después, de la familia, y que alcanza un ápice en el pontificado de Juan Pablo II, una estrategia que de hecho desplaza completamente otros temas del anuncio eclesial tradicional: I. TURINA, «Why is Human Life so High on the Agenda of the Holy See? A Case Study in the Sociology of Theology», ensayo no publicado.

cer. Es lo que Kaufmann denomina «final del proceso de secularización».

Aunque el citado análisis pone en evidencia el interés particular de la Iglesia en animar la natalidad y cuidar la estructura familiar, no todos los argumentos aquí citados hilan igual de bien. En primer lugar no está del todo claro que los países más secularizados tengan la natalidad más baja, sobre todo si se tienen en cuenta los datos recientes: en algunos casos los incentivos y ayudas del Estado de bienestar muestran sus efectos positivos en zonas muy seculares del norte de Europa, y de hecho algunos hablan de una «inversión de tendencia»⁴.

Por otro lado no se puede garantizar que los hijos de familias más religiosas sigan siendo más religiosos, aunque un reciente estudio realizado junto con mi colega Manuel Canteras demuestra que el indicador que mejor predice la religiosidad de los jóvenes universitarios es el haber recibido educación religiosa en la propia familia⁵.

⁴ M. MIKKO, H.-P. KOHLER y F. C. BILLARI, «Advances in Development Reverse Fertility Declines», *Nature*, 2009, 460/6: 741-743.

⁵ LL. OVIEDO y M. CANTERAS, «Primeros pasos hacia una "gramática religiosa universal". Sondeo a estudiantes universitarios», se publicará en *Carataginnensia*, 2010.

¿Hacia dónde va la Iglesia?

Por último, el supuesto interés privado de la Iglesia no puede reducirse a la conveniencia de esa institución: el problema demográfico en las sociedades occidentales es de toda la colectividad; en todo caso, si la Iglesia incentiva la natalidad, le está prestando un importante servicio a la sociedad en general, tanto cuanto lo presta a sí misma. Aquí se plantea una cuestión de lo que se suele llamar «opción colectiva» o decisiones que repercuten en el conjunto de la población, más allá de los intereses privados.

El otro factor reside en la ocupación del espacio simbólico que configuran los medios de comunicación y el cultivo de relaciones con las élites sociales. En este último punto, imagino que nadie se escandalizará o sorprenderá, pues difícilmente puede calificarse esta tendencia como un dato reciente. De lo que uno se acuerda, los obispos siempre han tratado de relacionarse con las élites, como ocurre entre las élites de cualquier sociedad. Ahora bien, si se puede esperar mucho de dicha actitud, eso es otro asunto.

Tanto en Italia como en España algunas estrategias de colaboración con sectores políticos se han visto en los últimos meses claramente desautorizadas por la marcha de los acontecimientos. Ha sido evidente el desgaste moral de algunos

de los más destacados interlocutores de los respectivos episcopados en ambos países, afectados por casos de corrupción e incluso de cinismo, que en algunos momentos han alcanzado delirantes exhibiciones de comportamientos alejados de cualquier estándar cristiano.

*los recientes escándalos
ponen en evidencia los
riesgos para la Iglesia si
decide entrar en el juego
político de apoyar ciertos
partidos o de vetar a otros;
en cierto modo, aun en el
caso de que aceptemos
la teoría del «menos malo»,
la proximidad a un partido
que garantiza el apoyo a
algunos programas católicos
amenaza con volver a la
Iglesia cómplice de
personajes corruptos
y poco recomendables*

En ambos casos los partidos implicados contaban con una cierta simpatía de las respectivas conferencias episcopales, aunque fuera un tanto velada y no unánime ni incondicional. En general se tenía la impresión de encontramos ante la

opción «menos mala», en el sentido de que las alternativas de centro-izquierda merecían menos confianza, e incluso algunas de sus líneas de gobierno chocaban frontalmente con principios católicos en la moral de la vida y de la familia, es decir, en temas preferentes de la actuación eclesial.

Los recientes escándalos ponen en evidencia los riesgos para la Iglesia si decide entrar en el juego político de apoyar ciertos partidos o de votar a otros. En cierto modo, aun en el caso de que aceptemos la teoría del «menos malo», la proximidad a un partido que garantiza el apoyo a algunos programas católicos amenaza con volver a la Iglesia cómplice de personajes corruptos y poco recomendables desde cualquier baremo moral, y lo que es peor, desprestigian la causa que promueven los católicos.

En Italia se ha hablado bastante de los beneficios mutuos para la Iglesia y el gobierno de centro-derecha de un cierto «pacto latente» de mutuo apoyo: el partido recibía legitimidad y soporte electoral, y la Iglesia veía reconocidas sus causas y valores en la legislación y medidas varias de ese gobierno. En el caso español, la política a favor de la vida y la familia habría empujado a la Iglesia oficial hacia la oposición, en la esperanza de recuperar un ambiente más propicio a los «valores católicos».

En la situación actual la Iglesia se siente un poco «entre la espada y la pared», en un dilema muy incómodo: entre sostener partidos que puedan favorecerle, pero de comportamientos claramente escandalosos, y dejar de sostenerlos y perder algunas de las «causas católicas» por las que militan.

Los recientes casos se suman a muchos otros a la hora de plantear si no sea mejor que la Iglesia abandone definitivamente el juego político. Por un lado no está claro en absoluto que ella gane mucho cuando un determinado gobierno comparte o apoya sus valores. No parece que ayude demasiado a la larga sostener principios morales ampliamente compartidos con medidas legislativas⁶. Tampoco está nada claro que durante los períodos de gobierno del centro-derecha se haya detenido el ritmo de secularización, o se haya recuperado la dimensión religiosa. Las estadísticas al menos parecen confirmar que la crisis de fe procedía a ritmo creciente independientemente de quién estaba en el gobierno, tanto en el caso español como en el italiano.

⁶ Craig A. Carter insiste en superar el esquema de neo-cristiandad que intenta vincular los ideales o valores cristianos a medidas legislativas o a la coerción del poder estatal: *Rethinking Christ and Culture: A Post-Christendom Perspective*, Brezos Pr. Grand Rapids-MI 2006.

¿Hacia dónde va la Iglesia?

Quizás un sistema de completa neutralidad política por parte de la Iglesia, como ocurre en muchos otros países, sobre todo en Estados Unidos, podría representar una solución mejor. La Iglesia puede reivindicar públicamente sus valores y proclamar su fe en la vida, la persona y la familia, sin querer imponerlos a través de leyes o de un *lobby* de presión hacia los respectivos gobiernos. Por otro lado, la comunidad cristiana se siente completamente libre de complicidades con los partidos y sus políticas, sus aciertos y sus errores, dedicada a su propia misión: anunciar el Reino de Dios y ofrecer la gracia que salva a todos los que quieran acogerla, sin imponer nada a nadie.

La misión de la Iglesia sigue siendo importante para un segmento muy amplio de población, y sería una grave pérdida si viniera a menos. Seguramente recuperar o ampliar el perfil mediático, de forma conveniente a las características de dichos medios de comunicación, constituye una buena estrategia en este contexto, y ofrece un buen púlpito a los prelados y autoridades eclesíásticas para anunciar la esperanza cristiana y su mensaje de salvación para todos.

Considero que una condición necesaria, de todos modos, es que no se focalice el mensaje sólo a las cuestiones de la moral de la vida y

la familia, sino que se amplíe más allá de esos límites, para que sigan manteniendo viva sobre todo la comunicación sobre la trascendencia, el tono decididamente religioso de su discurso.

Como ya se ha señalado, el otro factor que entra en juego en los últimos años es el creciente protagonismo de los movimientos, o como prefieren decir algunos, de las «nuevas realidades eclesiales». A menudo también asumen como un signo de su identidad las convicciones más rigurosas en torno a la vida y a la familia, temas en torno a los cuales no admiten ninguna negociación. Están bien organizados y exhiben una gran capacidad de movilización, que han puesto de manifiesto en las magnas concentraciones a favor de la familia, tanto en Madrid como en Roma.

No es extraño que una parte del episcopado esté encantada con ellos. Por otro lado reúnen muchos signos de vitalidad: el crecimiento numérico, la rara capacidad de reclutamiento vocacional, el afán misionero y el entusiasmo que les caracteriza para vivir una vida auténticamente evangélica.

He asistido a varios debates con colegas sociólogos a la hora de juzgarlos. Su arquetipo actual es seguramente el «Camino Neocatecumenal», y desde mi punto de vista, se trata ciertamente de algo positi-

vo para la Iglesia, a pesar de sus fallos, errores o las limitaciones de su estructura predominantemente sectaria, un término que no uso en sentido peyorativo, sino simplemente descriptivo. En mi opinión, la Iglesia iría mucho peor sin estas nuevas realidades comunitarias. Por supuesto que compiten con otras estructuras tradicionales de agregación de laicos, como la Acción Católica –sobre todo en Italia, en España no hay competencia, dejó de haberla hace mucho– o las llamadas «terceras órdenes» y congregaciones seculares, también de capa caída.

En realidad compiten también con las formas de vida consagrada tradicionales, lo que no debería ser entendido como algo nocivo, sino saludable, sobre todo si se tiene una mentalidad liberal y no somos proteccionistas.

Quizás una perspectiva evolucionista nos ayude a comprender mejor el proceso actual. Tras el Vaticano II surgieron muchas iniciativas y agregaciones en la Iglesia; muchas de ellas se extinguieron, o están en vías de hacerlo, mientras unas pocas han logrado sobrevivir y expandirse. Dicha dinámica no obedece tanto a los apoyos de las autoridades o a otros factores coyunturales, sino simplemente al hecho de que han sabido «adaptarse mejor» al ambiente hostil de

las sociedades avanzadas, tanto en su discurso como en su organización y misión. El resto lo considero más bien ideológico, e interesa menos que los resultados prácticos, que son lo que cuenta a la larga.

Hay que reconocer que la presencia de estos nuevos movimientos está cambiando el rostro de la Iglesia, y condiciona fuertemente su futuro. Sería bueno reflexionar más sobre las consecuencias organizativas e incluso jurídicas que su actividad plantea a la Iglesia territorial, sobre todo a las parroquias, pero también a la organización del clero diocesano. Desde mi punto de vista, no atisbo una completa sustitución de la organización parroquial por la de las nuevas realidades eclesiales, y no porque los Neocatecumenales se apoyen en las parroquias, algo más complicado de lo que parece. Creo que se debería apuntar a un modelo dual, en el que coexisten ambos marcos institucionales y se complementan. Lo que sería ciertamente un error es apostar todo a favor de una sola modalidad, sea la parroquial, sea la de las nuevas agregaciones con su fuerte acento carismático.

Quizás se echan en falta en nuestro horizonte eclesial las experiencias de las llamadas «nuevas iglesias» en Inglaterra y otros ambientes, que serían una vía intermedia entre los dos modelos, pues com-

¿Hacia dónde va la Iglesia?

parten buena parte de las características y movilización de las nuevas realidades, pero mantienen la apertura parroquial, no siguen un patrón carismático y acogen a todos. Vale la pena pasar algunos fines de semana en una ciudad media inglesa para compartir esas experiencias que considero altamente instructivas.

La pregunta que surge es si las estrategias descritas bastan para hacer frente a la grave crisis, consecuencia de la secularización de las sociedades occidentales, y el creciente desinterés o indiferencia religiosa que experimentan buena parte de nuestros contemporáneos, en especial los jóvenes.

¿Y hacia dónde va la vida consagrada?

Se ha vuelto habitual en los últimos tiempos leer en *blogs* y medios de comunicación menos «correctos» que la vida consagrada tradicional –al menos en España– está en vías de extinción, y que por consiguiente no merece la pena dedicarle atención ni fijarse demasiado en sus dinámicas, que por lo general resultan desalentadoras, sobre todo al nivel estadístico. En realidad pasa algo parecido en lo que se refiere a las vocaciones sacerdotales, si se consideran las cifras de los seminarios europeos.

Lo dicho en relación a los obispos cabe afirmarlo con más conocimiento de causa de los superiores mayores religiosos: no saben qué hacer ante la crisis vocacional y en general los graves problemas que afectan a la vida consagrada en Occidente.

Estoy acostumbrado, siendo yo religioso franciscano, a la frustración que se vive al ignorar repetidamente ese problema y obviarlo de la lista de prioridades en mi propia y en otras órdenes o congregaciones, o bien en las publicaciones especializadas. La lógica de este comportamiento es bastante comprensible: si no sabemos qué hacer, mejor dejar ese tema, pues no va a servir de nada tratarlo. Todavía estos días leía en un semanario de difusión eclesial la crónica de unas jornadas sobre secularización y vida religiosa, en las que se formulaban juicios positivos y se recurría a la supuesta experiencia de *kenosis* que favorece la actual situación de irrelevancia religiosa. Para empezar, no creo que sea inteligente recurrir al tema de la *kenosis* para justificar una situación de debilidad intrínseca; dicho término teológico se aplica al Hijo de Dios que asume la debilidad humana, no a justificar a quien ya es débil. Además, los intentos de bendecir la secularización son ya viejos, y en todos los casos esconden una trampa teológica: hacer bueno lo malo,

«teologizar» lo negativo, inmunizándonos ante su incómoda provocación.

Se puede afirmar que la secularización ha pillado a todos de sorpresa. Soy testigo en mis treinta y tres años de consagración del paso de lo que cabría llamar «secularización invisible», que a nadie molestaba, a la «secularización invencible», ante la que nos sentimos completamente impotentes. Es in-

o renovarse siguiendo las pautas que marcan las entidades de mayor vitalidad o resignarse a la extinción; por ahora no atisbo vías de supervivencia simplemente recurriendo a las causas sociales o de promoción humana, aunque me encantaría que así fuera

creíble el fracaso de la reflexión teológica y de la abundante espiritualidad de la vida consagrada a la hora de hacer las cuentas con este problema, ante el cual muchos se dan por vencidos y declaran que hay que preparar la propia extinción con dignidad y con el menor sufrimiento posible. Creo que se

puede hacer mucho más que eso, y aunque está claro que la vida consagrada no va a gozar del crecimiento demográfico que conoció hasta fines de los años sesenta, no por ello sería justo condenarla a desaparecer.

En este caso se produce un movimiento paralelo al que se ha observado ante la actitud de los obispos: muchos superiores generales y consagrados intelectuales se han decantado hacia otra causa: el discurso en favor de la «justicia y paz», y últimamente las causas del medio ambiente, o como se dice enfáticamente: la «custodia de la creación». De nuevo, ante la dificultad de llevar a cabo un anuncio decididamente evangélico, se asumen causas en grado de convocar lealtades más amplias y de suscitar apoyos o simpatías más allá de las estrechas filas de los/las consagrados/as. No me parece que sea una buena estrategia.

Existen otras posibilidades para la vida consagrada en este momento histórico, siempre que se asuma un formato capaz de sobrevivir y que se plantee su misión de forma más actual. Ya he analizado en varias ocasiones los puntos que favorecen la supervivencia de un grupo de consagrados⁷. Basta mirar a

⁷ LL. OVIEDO, *Franciscanos: retos y pautas*, Valencia, Ed. Edicep, 2004; más re-

¿Hacia dónde va la Iglesia?

las entidades de mayor vitalidad y discernir sus signos, actitudes y estrategias que podrían ayudar a recuperar la esperanza a los que están envejeciendo. Eso sí, dichas actitudes suponen sacrificios y opciones que no todos están dispuestos a asumir. Este consejo incluye también prestar atención a los nuevos movimientos o realidades eclesiales. En lugar de ignorarlos o recelar de ellos, como ha venido siendo la norma, habría más bien que discernir los signos de los tiempos que representan y tratar de aprender de su dinamismo.

La decisión parece descontada: o renovarse siguiendo las pautas que marcan las entidades de mayor vitalidad o resignarse a la extinción. Por ahora no atisbo vías de supervivencia simplemente recurriendo a las causas sociales o de promoción humana, aunque me encantaría que así fuera.

¿Y qué hace la teología?

La misma situación señalada hasta ahora se repropones tal cual en el estudio teológico: se ha ignorado sistemáticamente el problema de la secularización y las causas que

cientemente: «Los Franciscanos ochocientos años después: entre decadencia y estímulos de vitalidad», *Verdad y Vida*, 2009, 254, pp. 11-126.

inciden en la falta de credibilidad de la Iglesia. Basta dar una ojeada a los manuales de eclesiología o teología fundamental que se están publicando estos últimos años, o asistir a congresos y jornadas de teología para comprobar con estupor la falta de atención ante estos graves retos. Las dos disciplinas citadas deberían estar más directamente implicadas en ese ejercicio: la eclesiología, es decir, el estudio de la Iglesia como instituto de salvación; y la teología fundamental, heredera de la apologética, y por tanto atenta a los desafíos del momento, a las objeciones que sufre la fe y al diálogo interdisciplinar, bueno, todo esto en teoría.

En realidad las cosas no han funcionado como cabría esperar, pues la teología estándar –salvo honrosas excepciones– no ha tomado en serio el reto que planteaban los procesos de secularización para su propio desarrollo. Pongamos como botón de muestra el delicado tema de la credibilidad.

La cuestión de la credibilidad de la fe cristiana, de sus propuestas y sus prácticas, es el territorio privilegiado de la Teología Fundamental. No obstante da la impresión de que a menudo el modo habitual de plantear dicha cuestión se dirige a quienes ya estamos convencidos del valor y pertinencia de la fe, y descuida a quienes dudan o rechazan

zan su contenido y mensaje de salvación, es decir, aquellos que deberían constituir el objetivo prioritario del empeño teológico.

Es inquietante observar cómo se está viniendo abajo el mundo de la fe en Europa, y de forma especial en España, y la mayoría de los teólogos siguen mirando hacia otro lado, sin sentirse afectados por lo que ocurre. No se puede proponer un discurso teológico hoy en los mismos términos que podría plantearse si siguieran asistiendo a misa el 50% de la población, o cuando los seminarios y Facultades de Teología estaban llenos.

Ante la grave crisis que atravesamos habría que cambiar el modo de hacer teología, sobre todo la Fundamental, que tiene la misión de ser vanguardia y vigía ante los problemas que sufre el anuncio de la fe y que amenazan la supervivencia de la Iglesia.

Pasos para un proyecto

Para salir al paso de ese déficit y evitar seguir planteando de forma poco realista o poco útil dicho tema, planteo un programa de trabajo que ayude a orientar la labor. Para ello expongo a continuación, de forma esquemática, los pasos a dar en cualquier proyecto de reivindicar la credibilidad de la fe.

Conviene recurrir a un caso concreto al que aplicar los principios: el difícil tema de la credibilidad de la Iglesia. Convendría proceder con los pasos siguientes.

En primer lugar merecería la pena realizar un amplio diagnóstico sobre las causas del problema, es decir, sobre el supuesto «déficit de credibilidad» que se detecta. Para ello es muy conveniente recurrir a datos empíricos, a encuestas ya realizadas, o preparar una *ad hoc*. En el caso que nos ocupa sería relativamente fácil hacer un sondeo a estudiantes sobre los motivos de desprestigio de la Iglesia.

Para empezar tendríamos que tener en cuenta, al menos: los escándalos en los que resulta implicado el clero; los errores y abusos históricos; la falta de participación o la deficiente organización; el desinterés por los servicios o acompañamiento religioso, además de factores culturales y mediáticos hostiles. La teología fundamental puede hacer una gran aportación en la medida que logra identificar dichos problemas y realizar un primer diagnóstico, cualificando los retos actuales.

En segundo lugar habría que hacer un discernimiento en torno a las causas de la crisis. Una vez se tiene un panorama bastante comple-

¿Hacia dónde va la Iglesia?

to en torno a los motivos que afligen a la credibilidad de una cuestión o punto de la fe, es importante distinguir entre aquellos que competen a la teología, o que pueden ser afrontados a partir de su propio *modus operandi*, y los que no son de su incumbencia. Por ejemplo: el problema de los escándalos no requiere teología, sino mejores medidas disciplinarias, lo que compete más bien al Derecho Canónico, aunque la teología no esté dispensada de pensar esa dimensión de pecado y fragilidad de la Iglesia, en el pasado y el presente. Otros temas pueden suscitar una reflexión orientada a animar decisiones o una gestión por parte de las autoridades, encaminada a mejorar algunos aspectos; por ejemplo: motivando la conveniencia de pedir perdón o incentivando reformas para mejorar la disciplina y organización.

En tercer lugar urge realizar un análisis exigente de los motivos que se han identificado y que afectan a la credibilidad. Para ello se debe recurrir a menudo a «ciencias auxiliares», que nos ayuden a comprender la entidad del problema y a profundizar el diagnóstico.

Se trata de un paso esencial si se quiere afrontar posteriormente la cuestión y en la búsqueda de soluciones. En nuestro ejemplo, parece

claro que deberíamos recurrir a la historiografía y filosofía de la historia a la hora de precisar mejor la cuestión de los errores pasados de la Iglesia; a las ciencias sociales, sobre todo a la teoría de la organización e institucional cuando se quiere repasar el problema de la falta de legitimidad; o a los análisis de los estudios de la cultura y de los media para comprender mejor los factores culturales adversos y las dinámicas que los orientan.

Hecho lo anterior, en cuarto lugar había que buscar en la propia tradición teológica orientaciones para una primera respuesta. La revisión de motivos bíblicos y de historia de la teología, en cuanto han afrontado ya en el pasado problemas similares, debería constituir un primer paso a la hora de confrontar los retos que se han detectado, al menos aquellos que comparten características ya vividas en otros tiempos. En el caso de la Iglesia, pueden extraerse muchas enseñanzas útiles de su historia.

En quinto lugar hay que aprovechar los análisis que proveen las ciencias auxiliares, que ofrecen pistas de interés a la hora de ofrecer un discurso más propositivo, o bien una «crítica de la crítica». Por ejemplo, la teoría de las organizaciones muestra los límites de los

niveles de participación, así como los vínculos de instituciones tradicionales; la historiografía nos ayuda a construir mejor el pasado y a analizar la dimensión moral en el juicio histórico.

A continuación habría que mostrar las realidades positivas de la Iglesia como institución, en el pasado y en el presente, si es necesario recurriendo a datos reales. Un ejemplo consiste en subrayar la dimensión de comunión que incentiva la alteridad, frente al anonimato y el individualismo actual; o bien la necesidad de un marco institucional y ritual para mantener viva la comunicación de trascendencia; o en palabras más nuestras, la exigencia de una tradición viva para que la salvación en Cristo siga siendo predicada.

Para ello mucho ayuda el ser sensibles a las motivaciones y expectativas del contexto cultural contemporáneo a la hora de ofrecer razones en favor de nuestra propuesta de fe. Hay que tener en cuenta que a menudo dichos contextos son plurales, lo que exige desarrollar diversas estrategias, atentos a los distintos «segmentos» y horizontes culturales. En nuestro caso, la gran sensibilidad terapéutica del momento invita a presentar a la Iglesia y su mensaje de salvación en términos terapéu-

ticos, también respecto de la experiencia religiosa, que debe ser acompañada para evitar que caiga en formas patológicas.

La cultura científica puede ser contactada para mostrar que la Iglesia se presenta como comunidad de interpretación, o de «cognición distribuida», que asegura una mayor plausibilidad a sus propuestas.

No hay que abandonar el pasar al contraataque. En ocasiones conviene responder con una crítica o denuncia de las alternativas o de los ambientes más ajenos a la fe y a la Iglesia, o bien mostrar las deficiencias de quienes deslegitiman o de los discursos que intentan desprestigiar a la Iglesia; se trata de una estrategia que adoptan bastantes autores en sus apologéticas actuales, para ridiculizar incluso a las alternativas que se proponen en nombre de la visión secular o laicista.

En toda ocasión utilizar la imaginación y la creatividad. Hay que recurrir a la imaginación para mostrar los desastres que supondría la desaparición de la Iglesia en muchas partes del mundo; se pueden producir textos incluso de ficción para imaginar escenarios catastróficos en los que se ha perdido completamente la esperanza trascendente. Los datos empíricos sobre las consecuencias negativas

¿Hacia dónde va la Iglesia?

de la secularización proporcionan una buena guía.

No dejando de sacar conclusiones útiles para otros sectores de la Iglesia. Por otro lado, en lo que sea conveniente, la reflexión teológica, al identificar déficits o limitaciones, debería sugerir mensajes de corrección para otras instancias eclesiales: autoridades, derecho, pastores, moral... con el fin de corregir lo que sea conveniente. Como complemento, esa misma reflexión, al reconocer errores y déficits, o bien el «pecado» en la Iglesia, debería fomentar actitudes de revisión, de aceptación de niveles de falibilidad, y de petición de perdón, cuando sea necesario. La Iglesia se vuelve más «creíble» cuando reconoce sus errores y pide perdón, que cuando los esconde y pretende ser «infalible» (que lo es sólo en ciertas declaraciones).

Por supuesto se dan otras urgencias ante las que la teología debería empeñarse más. Quizás, junto al problema de la secularización, la relación con las ciencias, o bien el diálogo entre la fe cristiana y la ciencia, debería acaparar mucho más la atención de los estudiosos. Benedicto XVI no cesa de invitarnos a un mayor compromiso a favor del diálogo entre razón y fe, un reto esencial para la supervivencia de la fe, pero al que se dedican, por

desgracia, aún más bien pocos esfuerzos.

Capeando el temporal y asumiendo la propia situación

La Iglesia atraviesa en Occidente una de las peores crisis de su historia, no debida a la hostilidad de fuerzas adversas, sino a la indiferencia o desinterés característicos de los ambientes más secularizados. Es inútil señalar con el dedo a supuestos culpables: políticos, mediáticos o intelectuales; en realidad asistimos a un proceso complejo en el que inciden diversos factores que dan como resultado el declive en la práctica religiosa y en la fe como vivencia compartida. No está nada claro que surjan formas de «espiritualidad» alternativas que cubran los huecos que deja la religión institucional. Como confesaba un joven a un alumno mío párroco, no venía a la parroquia porque «no le aportaba nada».

Hoy sabemos mucho más que hace veinte años sobre los procesos de secularización, los factores que inciden en ellos, sus consecuencias y su extensión. De todos modos podría ocurrir como con algunas enfermedades; como dice un médico conocido: sabemos mucho más hoy de cómo proceden la in-

mensa mayoría de las enfermedades, pero eso no significa que podamos curarlas; el mayor conocimiento no implica automáticamente una garantía de sanación. Podría ocurrir lo mismo con los procesos de secularización, cuyo conocimiento más profundo no impide su extensión y efectos devastadores para las iglesias. Ahora bien, el hecho de conocer mejor ciertas enfermedades ha hecho que podamos prevenirlas mejor, y en eso sí se han registrado claros avances.

Lo mismo cabe decir en la aplicación a la Iglesia: al menos podemos aplicar medidas de prevención para que el mal de la secularización o la indiferencia religiosa no nos afecte tanto. Un claro ejemplo son los procesos de secularización interna, o inducidos desde dentro de la misma Iglesia, a causa de una gestión equivocada o de poner el acento en programas seculares.

Es tiempo de asumir una política de «retorno a lo básico» de la fe, de la comunicación de trascendencia, de acompañamiento espiritual de las personas, de ofrecer motivos de esperanza resistentes a las crisis

del mundo, y de invitar a la santidad. También es tiempo de dar contenidos más convincentes al anuncio de «salvación» cristiana que ha dejado de estar claro para muchos, tras el abandono de los acentos escatológicos.

Ciertamente la lista de prioridades y de cuestiones en las que se juega el presente y futuro de la Iglesia sigue abierto, y no puede resolverse en este breve ensayo. ¿Qué decir de la cuestión que plantea la escasez de vocaciones sacerdotales? ¿Qué hará la Iglesia para afrontar el fuerte declive de pastores que registramos? Por otro lado están los problemas disciplinares y que exigen corrección, y quizás una buena reforma del Código de Derecho Canónico. No se entiende –sólo por citar un ejemplo– porque éste es casi el único ordenamiento jurídico moderno en el que no está tipificado el delito de corrupción económica.

Creo que no es demasiado tarde si queremos devolver futuro y credibilidad a la Iglesia; seguramente se puede hacer mucho más de lo que se hace para frenar el avance de la secularización, siempre contado con la gracia de Dios. ■